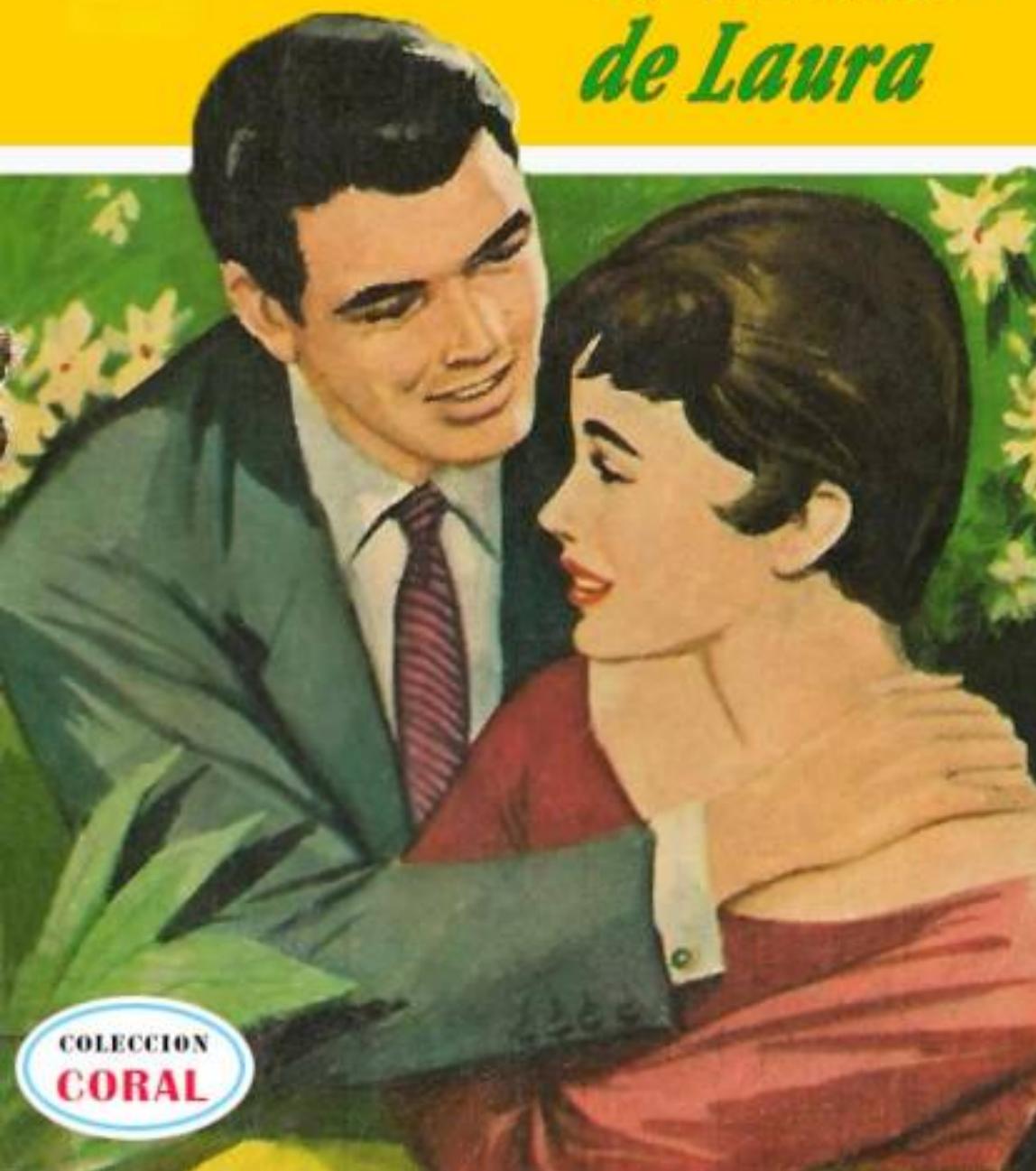


# Corín Tellado

*El marido  
de Laura*



COLECCION  
**CORAL**

¿Estás ahí, Dexter?

El hombre entró en la alcoba y avanzó sin prisas hacia el balcón en cuya balaustrada se apoyaba su esposa.

—Acabo de llegar —dijo Dexter, pasándole un brazo por los hombros—. ¿Cómo va ese corazón?

—Muy bien, querido. Me siento mejor que nunca.

—Me alegre, Laura.

—¿No has ido al Círculo?

—Claro que sí.

—Has venido muy pronto. Ana aún no nos avisó para cenar.

—Pero estoy a tu lado. ¿O es que no lo deseas?

Laura se arrebujó contra él y le miró a los ojos.

# Primera Parte

## Capítulo 1

¿**E**stás ahí, Dexter?

El hombre entró en la alcoba y avanzó sin prisas hacia el balcón en cuya balaustrada se apoyaba su esposa.

—Acabo de llegar —dijo Dexter, pasándole un brazo por los hombros—. ¿Cómo va ese corazón?

—Muy bien, querido. Me siento mejor que nunca.

—Me alegre, Laura.

—¿No has ido al Círculo?

—Claro que sí.

—Has venido muy pronto. Ana aún no nos avisó para cenar.

—Pero estoy a tu lado. ¿O es que no lo deseas?

Laura se arrebujó contra él y le miró a los ojos.

—Ya sabes que deseo tu compañía constantemente, pero... no quiero sojuzgarte a mí; sería demasiado egoísmo por mi parte.

—¿Qué niña eres!

Lo dijo como pudo haber dicho «qué tontería». Para Dexter, fuerte, corpulento, mundano y elegante, la figura frágil y enfermiza de su esposa significaba poco. Pero era noble y cumplía sus funciones de marido cariñoso sin grandes esfuerzos. Ya no la amaba. La había querido mucho. Ahora... Laura era una mujer pálida, enferma, histérica a veces, insoportable otras, pero era su mujer, y Dexter conocía muy bien el sentido de la responsabilidad.

—Tengo miedo, Dexter —susurró la esposa con velada voz.

—¿Miedo?

—Sí. A veces me da la sensación de que me voy a morir un día cualquiera, en un instante inesperado, y que tú no vas a estar a mi lado.

Dexter sonrió. Era su sonrisa una mueca extraña que no significaba gran cosa. Dexter casi nunca reía, y cuando lo hacía, tanto podía ser sonrisa el movimiento de sus labios, como un gesto de desdén, hastío o simple indiferencia.

—No pienses en cosas raras. Mira, mientras tú vas al jardín a coger un ramo de flores para los búcaros del vestíbulo, yo iré al despacho.

—¿A trabajar?

—Quizá sí. Quiero ver qué hizo mi secretario durante mi ausencia.

—Dexter —murmuró Laura, deteniéndolo por un brazo—, aún no te he felicitado por tu último trabajo. La Prensa habla mucho de ti esta mañana.

—La he leído.

—Dexter, estoy muy orgullosa de ti.

—Gracias, querida mía.

La besó en la frente y se alejó. Laura siguió con los ojos la alta figura masculina, y los ojos que miraban se humedecieron, mientras la boca emitía un gemido ahogado.

«Ya nunca más seré para él lo que era antes. ¡Oh, Dexter, Dexter!...».

Pudo dominar sus nervios y se asomó al balcón. La gran puerta de hierro de la verja estaba abierta de par en par y por ella entraba un auto pequeñito de dos asientos, blanco y azul. En aquel auto, sentada ante el volante, venía Romy, su querida y gentil Romy, que al verla en el balcón elevó un brazo y lo agitó alegremente. Laura observó cómo el auto se detenía ante la escalinata y vio después cómo Romy saltaba al suelo y ascendía presurosa las escalinatas en dirección al vestíbulo.

Segundos después la tenía ante ella. Romy se lanzó en brazos de su hermana y la besó y abrazó estrechamente, haciendo piruetas estrafalarias. Romy era así: alegre, divertida, moderna, quizá un poco extravagante para sus diecisiete años.

—He terminado, ¿sabes? —rio feliz, lanzando lejos la cartera de los libros—. Ha sido todo sencillamente maravilloso, mi querida Lauri. Ahora, debido a mis brillantes estudios, me han concedido la beca para permanecer dos años en el extranjero.

—¿Dos años lejos de mí? —se asustó la mayor.

—Es preciso, Lauri. Será estupendo, ¿te das cuenta? Dos años estudiando en un país donde las costumbres y los caracteres son diametralmente opuestos a los de aquí. Iré pensionada a España, Lauri. No me estropees esta satisfacción, porque me sentiría muy desgraciada. Seremos veinte muchachas las que saldremos para España dentro de dos semanas. Me siento tan feliz, querida hermana, que me dan ganas de saltar de gozo.

Y como era impulsiva y extremadamente apasionada, comenzó a saltar sin preocuparse mucho de la tristeza de su hermana mayor. En aquel instante, y cuando Romy, de un último salto, se dejaba caer en un cómodo diván, se abrió la puerta, y en el umbral apareció la rígida figura de Dexter Walters. Romy, al pronto, quedó suspensa; además, impulsiva, se puso en pie, corrió hacia su cuñado y, colgándose de su cuello, le besó una y otra vez.

—Pero, Romy... —se alarmó Dexter.

—¡Oh, querido, me siento tan feliz que deseo hacer a todos partícipes de mi felicidad!

—¿Qué es ello?

—Iré a España, ¿sabes? Durante dos años estudiaré allí sus costumbres, sus artes... ¡Estoy tan contenta...!

Dexter no dijo nada. Limitóse a descolgarla de su cuello y elevó los ojos interrogantes hacia su esposa, que aún parecía muda de asombro.

—¿Qué dices, Laura?

—Que no estoy de acuerdo.

Romy se volvió en redondo.

Era bonita. Alta, espigada, de una esbeltez casi inverosímil. Parecía delgadísima y, sin embargo, no lo era. Tenía las formas bien definidas, insinuantes incluso, porque su belleza era, aunque Romy no se lo propusiera, un tanto incitante. Observándola ahora Dexter, que era experto en bellezas femeninas, se dijo que Romy sería una mujer casi excepcional por su encanto, por el mirar cálido de sus ojos, por los labios muy pronunciados, por todo el conjunto que prometía un bello futuro de mujer. Tenía los cabellos muy negros, los ojos, azul verdosos; la piel, mate; la sonrisa, luminosa; como si todo el rostro se abriera con sus ojos y sus labios.

—Es preciso que lo estéis —susurró bajísimo—. No tenéis derecho a destrozar mi porvenir —añadió desalentada—. Irán Mag, Leonor e Isabel. Sabéis muy bien que somos amigas. Las demás son simples compañeras de estudios, pero todas excelentes personas.

Dexter hundió las manos en los bolsillos del pantalón oscuro y pareció dudar. Evidentemente no era un hombre locuaz ni expresivo. Cuando emitía un juicio no se retractaba fácilmente; por eso quizá dudó en aquel instante. Miraba a Romy con los ojos entornados y aquella mirada era tal vez más penetrante que un estilete.

—Considero que tu porvenir está solucionado —dijo sin alterarse—. No tienes necesidad alguna de ir a España a ampliar unos estudios que nunca utilizarás. Eres una chica rica, Romy —rio frío—. Te casarás, tendrás hijos, formarás un hogar y esa es tu carrera. No obstante...

Romy no le dejó concluir. Fue hacia él, lo contempló detenidamente y comentó con velada voz:

—Tengo mucho dinero, Dexter, es cierto. Pero en cambio no deseo casarme en modo alguno, al menos por ahora. Quiero ir a España porque lo gané con mi esfuerzo durante años y años. Mi meta era esa; ir a España a ampliar

unos estudios que quizá no utilice, pero nadie puede robar-me esa satisfacción.

—Romy, te ruego que lo pienses mucho.

La aludida se volvió hacia su hermana.

—Nunca podré ser como tú, Lauri —dijo con raro acento—. No sabes imponerte. Te mueres de tedio en esta casa tan bonita, tan lujosa, pero sin calor, sin intimidad. Todo es espantosamente triste.

—¡Romy!

—Es cierto, Dexter —afirmó indignada—. Tú te pasas los días y las noches en tus elegantes oficinas de la Quinta Avenida. Tienes allí tu hogar y tu mundo, y ella... No, yo no sería como Lauri.

—Por favor, Romy —susurró Lauri calladamente.

Romy se le acercó, le tomó una mano y se la apretó cálidamente.

—Te has consagrado demasiado a un hogar que no comparten contigo —dijo quedo—. Tal vez Dexter no tenga toda la culpa. Pero yo no podría resistir por mucho tiempo esta frialdad, este convencionalismo. Eres una esposa anónima, Lauri. El trabaja, tú vegetas... ¿Para eso voy a casarme? Yo entiendo el matrimonio de otro modo. Cuando me case daré toda mi vida y exigiré otro tanto.

Dexter, sin enojarse, fue hacia ella y la miró hondamente.

—Eres demasiado niña para ver con claridad ciertas cosas de la vida. La existencia no es una novela folletinesca, Romy. Es simplemente la vida y esta hay que vivirla con moderación. Ni Lauri ni yo somos tan apasionados como tú. Formamos un hogar más o menos frío, pero es hogar. Yo estoy al lado de tu hermana cuando me necesita y ella está al mío cuando la necesito. Aunque a ti te parezca frío y convencional, no lo es. Como nosotros viven miles y miles de matrimonios.

—En realidad no me interesa saber cómo vivís vosotros —replicó enojada—. Solo me interesa saber cómo he de vi-

vir yo, y ya me encargaré de buscar un hombre menos activo que tú y más apasionado. Tenemos distintos puntos de vista con respecto a la vida y al amor y no es hora ni lugar adecuado este para discutirlo. Por otra parte, no deseo discutirlo contigo, que eres un británico demasiado pegado a tus costumbres austeras. Pero nosotros hemos nacido aquí, Dexter —añadió con calor—. Lauri y yo somos americanas y llevamos en las venas sangre española; yo en particular diferiré notoriamente de tus puntos de vista. Yo no tengo el concepto que tú tienes de la vida, y Lauri, antes de, casarse contigo, tampoco lo tenía. Si ahora se ha plegado a tu temperamento allá ella. Yo no me plegaré nunca.

—Irás a España —accedió Dexter con desdén—. Creo que allá encontrarás la horma de tu zapato.

—De lo que me congratularé.

\* \* \*

—¿Estas mejor?

—Sí. Me alteró mucho la marcha de Romy. Perdóname, Dexter.

—No tengo nada que perdonarte, Laura.

Se sentó en el borde del lecho, y acarició la cara pálida, donde los labios parecían un tanto amoratados.

—El doctor ha dicho que guardando reposo una o dos semanas, te pondrás bien.

—Sí.

—No debes pensar en Romy. Hablé con el profesor que las acompaña y se la recomendé.

—Gracias, Dexter.

—No debes afligirte, querida mía. Romy es una muchacha inteligente y tiene excesiva personalidad. No le sucederá nada malo.

—Es tan apasionada, tan impulsiva...

—Todo eso lo domeñará la experiencia que irá adquiriendo en la vida. No te preocupes. Ahora descansa. Si necesitas algo, llámame.

Se retiró luego de besarla en la frente y pasó a su alcoba. Sentado ante una pequeña mesa sobre la cual había un servicio de licor, se mantuvo inmóvil. Cargó la pipa y fumó despacio.

Tenía treinta años. En las sienes brillaban algunas hebras de plata mezcladas con la negrura de sus cabellos levemente rizados. Era alto y fuerte y no se explicaba aún cómo se había casado con aquella muchacha frágil y enfermiza.

Se conocieron en una fiesta social. Él era arquitecto y director general de una gran empresa, cargo que le deparaba pingües ganancias. La hija del difunto Colhuen era una de las mayores accionistas de la compañía y le fue presentada como tal. Él, como jefe supremo, hizo los honores a la joven millonaria, que no entendía en absoluto de arquitectura y conocía la existencia de aquella empresa formidable solo por referencias y por el capital que su administrador iba acumulando, y del cual tenía un conocimiento muy vago. Laura Colhuen era huérfana y tenía una hermana bastante más joven. Dexter, hombre experimentado, de gran mundología y con un buen puñado de aventuras amorosas en su haber, comprendió en seguida que Laura era una joven inexperta, ingenua y dócil. La acompañó en distintas ocasiones, coincidieron, en algunas fiestas y al cabo de un año estaban casados. La quiso reposadamente, sin apasionamiento, sin emociones ni sobresaltos. Deseaba un hijo, pero Lauri al sufrir su primer embarazo experimentó tal reacción que hubo de encamar. El hijo se malogró, y ella jamás recuperó su salud. Desde entonces, habían transcurrido dos años. Ahora, Lauri estaba de nuevo en cinta, y Dexter no tenía ninguna esperanza en el hijo que iba a venir. Los médicos aseguraban que la salud de Lauri no respondería, y Dexter estaba preparado para lo peor. No deseaba en modo alguno que muriera su esposa. La quería como un

hombre suele querer a una mujer que compadece y estima, pero en absoluto desearía recuperar su libertad a costa de la muerte de Lauri.

Tocaron con los nudillos en la puerta y se sobresaltó porque su cerebro estaba embargado por aquellos encontrados pensamientos.

—Adelante.

Era la doncella de su esposa.

—La señora ruega al señor que acuda un momento a sus habitaciones.

—En seguida —repuso frío.

Le fastidiaba que le molestara cuando buscaba la soledad. No obstante, se puso en pie y avanzó hacia la puerta de comunicación.

Atravesó el saloncito y entró en la alcoba de su esposa, donde Lauri, tendida en el lecho, parecía cansada y más pálida que una hora antes.

—¿Qué deseas, querida?

—Ven, Dexter. Me siento sola, ¿sabes? Creí que habías salido y mi doncella me dijo que estabas en casa...

—Saldré más tarde, pero si tú lo deseas me quedaré a tu lado.

—Gracias, querido.

Dexter se sentó en el borde del lecho y tomó una mano de Lauri. Aquella mano era delgada, pálida, y los huesos de sus dedos casi podían contarse. Se sintió enternecido. Lauri era demasiado joven para sufrir de aquel modo. Pensó en recorrer el mundo en busca de un remedio para aquel mal, pero era inútil, porque los mejores especialistas habían reconocido a Lauri sin resultado positivo alguno. Una mujer joven, bonita y buena, condenada a morir. ¿Cuándo? ¡Qué importaba ello, si de todos modos había de ser mucho antes de lo que ambos desearan!

—Dexter, quiero hablarte de algo que me tiene muy intranquila, ¿sabes? Sería doloroso que me sucediera algo

malo y no tuviera tiempo de hacerte ciertas recomendaciones.

—¿Pasarte algo malo? Claro que no te pasará nada, querida mía. Estoy a tu lado constantemente si así lo deseas, Lauri.

—Dime, querido, ¿verdad que ya no me amas?

Dexter enderezó el busto, que se inclinaba hacia la cama. Sus ojos profundamente azules, de mirar extraño, se entornaron. Hubo un aleteo en los labios sensuales que ya no besaban con pasión...

—Pequeña —susurró enternecido—, tú sabes que te quiero.

—Sí, Dexter. Me quieres como querrías a... un ser desvalido, porque eres noble y cariñoso. Pero yo me rebelo, ¿sabes? Me siento cada día más insignificante, más cerca de tu cuerpo y más lejos de tu alma.

—Estás diciendo tonterías.

—No tengo nada que reprocharte, Dexter. Soy... lo que se dice un despojo humano.

El hombre mostró intención de ponerse en pie, y la esposa le tomó un brazo y lo retuvo con fuerza.

—No te marches, Dexter, te lo ruego. No hablaré más de eso... si tanto te molesta. Quiero hablar de mi hermana.

—¿Qué le pasa ahora a Romy? ¿Se le antojó un aeroplano?

A su pesar, y aunque no tenía ganas, Lauri se echó a reír.

—Sería muy capaz —comentó divertida—. Pero no es eso. Romy es una chica un poco locuela, querido, pero no ha llegado a ese extremo. Quiero hablarte de ella, de su temperamento, que me asusta, de la pasión con que mira y considera las cosas de la vida. Romy, si no encuentra quien frene su impetuosidad, llegará a ser muy desgraciada.

—Tu hermana es una chica muy inteligente y sabrá apartar los escollos que le estorben.

—Tú no conoces a Romy.

—¿Que no la conozco? —observó casi severo—. La conozco tan perfectamente como a mí mismo:

—Romy es delicada, exquisitamente femenina y tiene un gran corazón.

—No lo dudo, Lauri —casi sonrió Dexter, divertido—. Te faltó añadir que es también muy bonita, y con tanto factor a su favor, encontrará en seguida un hombre que la haga tan feliz como desea.

—Pues ahí diferimos, querido. Romy no encontrará con facilidad lo que desea, porque no es fácil que los hombres se supediten de ese modo a las mujeres.

—¿De qué modo? —preguntó, arqueando una ceja.

—Del modo que ella desea.

—Hay para todo.

—Dexter, nos apartamos de lo más esencial. Yo quiero pedirte que si falto algún día...

—Por favor...

—Si falto algún día —continuó terca, apretando nerviosamente las dos manos de su esposo entre las suyas—, quiero que tú le guíes por la vida. Tiene mucho dinero y tú lo sabes, Dexter. Mucho más desde que tú estás al frente de la empresa. Sería fatal que Romy tropezara con un hombre que no supiera considerarla.

—Solo puedo aconsejar a Romy cuando me parezca que necesita consejo. Que lo entienda o no, es cosa de ella, Lauri. No me gusta inmiscuirme en la vida de los demás, y tu hermana demostró que sabe valerse por sí misma y no necesita de nadie para vivir.

—Sí —observó Lauri, pensativa—. Romy es infinitamente más enérgica que yo. Somos tan diametralmente opuestas, tanto en lo físico como en lo moral, que muchas veces me pregunto si seremos hijas de las mismas personas.

A su pesar, Dexter esbozó una sonrisa burlona.

—Mi querida Lauri, tengo entendido que tu padre era un hombre decidido y emprendedor. Y sé también que tu madre era delicada, bonita y dócil como tú. Tú, como tu

madre, no serías capaz de levantar un edificio como levantó tu padre, pero Romy sería muy capaz de derribarlo si hubiera que hacerlo.

—Exacto —sonrió Lauri, contenta—, eso es lo que yo deseaba significar. Romy se parece a papá, y yo a...

—A tu madre.

—Sí. También, como ella, moriré cuando mi hijo venga al mundo.

Dexter, que lo sabía, se estremeció de pies a cabeza y contra lo que tenía por costumbre, inclinóse hacia su esposa y la besó largamente en los labios.

—Dexter...

—No hables más de esas tonterías —susurró el hombre bueno que domeñaba sus deseos pasionales, porque aquella mujer dócil no se los inspiraba y él era, profundamente apasionado, aunque Lauri nunca lo conociera bajo ese aspecto.

—Tengo que hablar, querido —dijo bajito, enredando sus trémulos dedos en el cabello negro de su marido—. Es preciso, ¿sabes? Aunque no queramos, aunque nos rebelemos, lo inevitable ha de llegar, y yo quisiera pedirte que... que... —cerró los ojos y añadió bajísimo—. Que procuraras atraerte el amor de Romy.

Dexter se puso en pie de un salto. La contempló como si no la reconociera. Toda su alta talla casi imponente se inclinó y se irguió simultáneamente.

—Lauri, ¿has perdido el juicio, querida mía?

La enferma suspiró hondo, como si le faltara el aliento.

—Moriría tranquila si supiera que tú y Romy...

El hombre se enfadó. ¡Oh, sí!, se enfadó mucho.

—Estás diciendo tonterías, nada más que tonterías. Romy es una niña a mi lado y por otra parte... ¡Dios santo! ¿Es que vas a torturarme toda la vida, Lauri? Procura descansar —añadió dulcificando la voz—. Y no llores. No puedo soportar las lágrimas. Prométeme que no pensarás más en cosas raras.

La muchacha lloraba. Suspiraba acongojada, y Dexter hubo de besarla repetidas veces para que el llanto cesara paulatinamente. Después la acarició y Lauri, poco a poco, fue quedándose dormida.